

Las imágenes no sirven para aligerar la lectura, son una lectura en sí

PALOMA VALDIVIA



iento pasión por los niños, y no solo por los de ahora, sino por las infancias de todas las personas, independiente del lugar o la época donde hayan nacido. La infancia es ese territorio común que compartimos todos con más intensidad que otros momentos vitales, un breve periodo de

tiempo que queda latente hasta el último de nuestros días. Para mí, es la etapa más importante, la que forma nuestra personalidad y genera nuestra actitud ante la vida.

Siempre me gustó dibujar, leer y contar historias. Los primeros libros que escribí e ilustré no los hice necesariamente pensando en los niños, los hice pensando en responder ciertas dudas que yo tenía cuando niña. Por ejemplo, en *Es así* intenté darme una respuesta tranquilizadora acerca de la muerte, visualizándola desde el todo, del ciclo de la vida, que nacer y morir son solo instantes y que lo importante es lo que hay entremedio, la vida, y esta hay que disfrutarla.

Cuando hago libros los hago pensando en que podrían ser para todos. Yo he coleccionado y disfrutado libros álbum en todo momento; algunos de ellos, a pesar de tener muy pocas palabras, pueden generar emociones y reflexiones, a veces, mucho mayores que un libro lleno de letras y pensado para un adulto. Como *El pato y la muerte*, de Wolf Erlbruch, que provoca reflexiones y pensamientos positivos sobre lo que significa morir.

Conversando con otros autores, me he dado cuenta de que, casi todos, coincidimos en tener una enorme memoria de nuestra infancia. Corresponde también con el trabajo del artista, en general, que estamos muy conectados con ese primer tiempo de vida. Desde ahí, para mí, es muy fácil vincularme con los sentimientos que tenía de niña, con lo que me gustaba ver o me gustaba escuchar, con la posición que tenía frente a ciertos temas relevantes. Recuerdo con nitidez la primera vez que escuché ciertas palabras y pregunté su significado; y ante las respuestas, recuerdo cómo se me iba armando todo un mundo en torno a esas nuevas palabras y conceptos. Lo mismo con las imágenes que veía en libros de pintores: pienso en el enorme placer que me daba mirar por largo rato el cuadro *Juegos de niños* de Pieter Brueghel.

Creo que la maternidad, en cierto modo, ha cambiado mi modo de ver la literatura infantil. Hoy me doy cuenta de que el mundo de los niños, al igual que el mundo de los adultos, es también un mundo complejo, lleno de preguntas, miedos, reflexiones. Es ahí donde viene la intervención del adulto, del autor. Creo que los libros pueden ayudar mucho en eso, con temas inteligentes, soluciones positivas, estableciendo una comunicación sencilla y sin pretensiones con temas complejos, ayudando a pensar, generando momentos de tranquilidad, conversación, cariño.

Bien, como guionista escribo para adultos: series políticas, melodramas, de investigación, informativos, he hecho de todo; pero lo que en verdad disfruto, y creo que haré hasta que rompa mi último teclado, es escribir literatura para niños y jóvenes. Lo hago porque sí, sin motivo aparente; pero si debo buscar razones, aquí hay algunas cuantas:

Primero, porque en un país con tan desastrosos índices de lectura como México urge crear nuevas generaciones de lectores. La infancia y la adolescencia son terrenos ideales para construir la pasión por los libros. Es curioso que cuando alguien cita la lista de sus libros favoritos siempre hay alguno leído en ese periodo. La impresión que puede causar un libro en edades tempranas deja una marca (en el mejor de los casos una compañía) de por vida.

Segundo, por el desafío que representa. La literatura infantil tiene los críticos más rigurosos que hay en el mundo: sus lectores. Son prácticamente insobornables. Puedes decirles que la novela ganó el premio internacional de *nose-qué* y que la recomienda la asociación de los mil pedagogos de Suazilandia; pero no cualquiera puede atrapar el interés de una niña de cinco años con el lapso de atención de tres parpadeos, o de un adolescente de catorce años con las hormonas a tope. Y luego mantén esa atención únicamente con palabras (la parte que me toca). Lo que se dice fácil, no lo es.

Tienes que ser honesto, convincente, establecer empatía y evitar que aparezca el adulto regañón que va a dar “la lección”. Esto es lo que más odian los lectores infantiles (y lo que más aman ciertos padres de familia que buscan en el libro *valores*, como cuando rastrean la información nutricional en la caja de cereal).

Y tercero. La literatura para niños y jóvenes es un terreno donde se ejerce total libertad creativa. Se pueden tocar todos los temas, incluso los más peliagudos, con el tratamiento y la sensibilidad adecuados. En la literatura para adultos esto suele ser más complicado, y son muy claras las divisiones de las “castas literarias”, cuyo valor racial está determinado por el género. Los que escriben novela realista ven por encima del hombro a los que hacen literatura policiaca. Los que hacen novela histórica se sienten mejor posicionados que los que cultivan la ciencia ficción e incluso los que hacen ciencia ficción “dura” ven con cierta conmiseración a los que hacen ciencia ficción “blanda”. Están los de *high fantasy* y los de *fantasy* a secas. Muchos libros nacen con un estigma de subgénero, una marca de clase difícil de quitarse de encima.

Por el contrario, en la literatura infantil y juvenil conviven sin ánimos discriminatorios abuelas con duendes, maestras con robots, tierras lejanas con Xochimilco, brujas con bebés. Nadie parpadea porque haya por ahí un armario con un reino dentro, o porque una niña cambie de tamaño según lo que coma o beba, o si un pequeño príncipe hace de su hogar un asteroide. Todo se permite, se celebra y disfruta, siempre y cuando sea parte de un buen libro.

¿Cuándo voy a decidirme a escribir libros para adultos? Ni idea, pero no me frena el miedo.

Al contrario, para escribir libros para niños y jóvenes se requiere mucho valor. —

PALOMA
VALDIVIA /
MARÍA
BARANDA



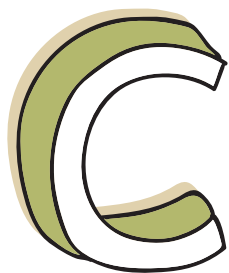
LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2013

La gente en general lee menos, pero tiene acceso a muchísimas imágenes durante el día. Para un niño, leer desde la imagen es algo muy natural. Las ilustraciones evocan mundos, son ventanas por las cuales ven diversas situaciones, ficticias o reales. Las ilustraciones estimulan, crean emociones, narran. Son las primeras imágenes impresas a las que un niño tiene acceso, su primera entrada a un museo. Otorgan diversión y placer, momentos de tranquilidad para observar y largos tiempos para imaginar.

La fuerte presencia de la ilustración no debe interpretarse como una forma de aligerar la lectura; debe considerarse como una forma de lectura en sí, es decir que *las imágenes se leen*, seducen, atraen al lector, facilitan la entrada de un nuevo público acostumbrado a la visualidad. Una ilustración puede dejar huella largo tiempo y, a veces, acompañar de por vida. La imagen, indiscutiblemente, traspasa fronteras territoriales, edades y culturas.

Me gusta el género de los libros álbum porque tengo interés en contar historias desde lo visual, donde texto, imagen y silencios entren en diálogo, como en la música. En mi proceso creativo las imágenes y las palabras aparecen al mismo tiempo, son mi lenguaje, un idioma y una vez que lo aprendes no puedes desprenderte de él. A veces pienso en un concepto y la idea se desarrolla en mi cabeza en formato álbum. Me gusta la economía lingüística, ahorrar palabras, eliminar adjetivos y todo lo que pueda ser dicho en imagen. Una de las grandes virtudes del libro álbum es que es bastante libre, con frecuencia se están inventando nuevas formas de narrar a través de él. Por ejemplo, el libro *Nocturno*, de Isol, es extremadamente novedoso; a mi juicio, es una competencia directa –y superior– a los libros digitales, que si bien son sorprendentes por la cantidad de estímulos sensoriales, no terminan de asombrar al niño, porque ya está acostumbrado a ellos; en cambio, *Nocturno*, al estar en papel e iluminarse con la luz, lo que entrega al niño es magia. –

Cuando era niña pensaba que no había libros escritos para mí **MARÍA BARANDA**



Cuando era niña pensaba que no había libros escritos para mí. Todo lo que leía eran relatos de hombres que atravesaban selvas peligrosas, que cruzaban los cielos en globos estáticos o descendían a las profundidades del mar para descubrir extraños monstruos,

máquinas fantásticas, reinos vegetales donde había árboles petrificados, lianas de mar, extrañas flores que eran la alfombra de la oscuridad, sitios inimaginables que me hacían pensar en cómo serían esos lugares si yo estuviera ahí. Leer sobre ríos peligrosos donde vivía un huérfano aventurero que arriesgaba todo por la amistad o saber de la intimidad

en la casa de cuatro hermanas que compartían sus juegos y deseos más profundos me hacía pensar que yo también podía escribir eso que no encontraba: mi propio paraíso. Leer era, en esos días, descubrir mundos lejanos en otras lenguas. Y, aunque todavía podría evocar el fervor que me causaba enterarme de la enorme ballena blanca que habitaba en el fondo marino o del agujero donde una niña despistada había caído para encontrarse con un extraño conejo blanco, siempre tuve la sensación de que algo me faltaba. Entonces empecé a reescribir aquello que leía, pero con el cuidado de incluirme a mí, a mis hermanos, a mis primas y amigas. Seguía fielmente la estructura de la narración, pero asumía la historia a partir de mis propias emociones. El mundo se transformó en la posibilidad de ser y estar en la página, de representar otros sitios, quizá lejanos, pero con los que lograba establecer un diálogo más íntimo conmigo misma. Los paisajes ya no eran lugares nevados con “montañas doradas” ni mares donde navegaban “enormes barcos capitaneados por intrépidos hombres”. Ahora todo se reducía a lugares conocidos, escarpados como el jardín de pedregal de mi casa, o como las colinas donde pasábamos en familia los domingos. Recogí olores de la comida que conocía: el epazote y el tomillo, las tortillas quemadas, la leche que hervía hasta derramarse. Entendí que los libros eran rocas que podían esculpirse, un poco con el *facile inventis addere*. Recuerdo una de esas “recreaciones” que me atreví a hacer con *Veinte mil leguas de viaje submarino*, en donde una de mis primas era la que “devoraba con mirada ávida la algodonosa estela” y la carcajada abierta de mis hermanos al escuchar la absurda descripción que yo intentaba hacer trasladando las frases de Verne a nuestro mundo. Pero de ahí a la representación bastaba un solo paso: el que todos dijéramos que eso que escuchábamos era posible en el juego. Jugar para ilustrar los relatos. Los libros eran disparadores de aventuras, siempre y cuando los acercara a algo más conocido y familiar.

Elizabeth Bishop en su poema “El monumento” dice: “Allá, ¿ves el monumento? Es de madera, / construido un poco como una caja. No. Construido / como varias cajas de tamaño decrecientes, / una sobre la otra / y cada una dispuesta de tal modo / que sus esquinas apunten contra los lados...” Así, como las cajas de madera, yo escribía una historia sobre otra. Era la posibilidad de articular un nuevo territorio que brotaba de la página escrita como una bocanada de aire fresco. Y luego encontré la poesía y descubrí la música de las palabras y de nuevo, el sitio, ese sitio, pero esta vez, absolutamente mío.

Empecé a escribir por una falta, algo que no estaba para mí, pero que me condujo al goce y al juego. Al escribir para niños ahora, intento contactar con esa ávida lectora que fui. Creo que nunca se vuelve a leer, a escuchar, a jugar, a asombrarse como entonces. Encontrar el tono justo para escribir a los niños no es sencillo, pero es un privilegio. Son lectores muy exigentes. Y desde ahí hay que escribirles. Con el mismo rigor que se hace en los libros para adultos.

Nunca he podido escribir un libro por encargo. Han sido varios los editores que se me han acercado con diversas peticiones. He fallado siempre porque pienso que solo los libros necesarios, los que uno lleva dentro, son los que se pueden escribir. Y aunque sé que es un oficio, finalmente soy yo la que escribe por ese hueco, ese hueco que aún no termina de llenarse. –